

La Cura de Dios para el Prejuicio es la Iglesia, una Casa de Oración para todas las Naciones

basada en Isaías 56:3-8

En este breve estudio tópico, consideramos las enseñanzas de la Biblia sobre el racismo, la segregación y otras manifestaciones no bíblicas de prejuicio. Nuestro estudio mostrará que el prejuicio racial y otras formas de segregación que se encuentran en demasiadas iglesias en nuestros días se basan en el orgullo humano y el amor propio, *no* en las enseñanzas de la Biblia. Por supuesto, el mundo tiene una tendencia similar a perpetuar las divisiones entre los diferentes grupos de pueblos. El punto es que la Biblia y el cristianismo bíblico no son la causa de tal prejuicio, sino que la raíz de tal prejuicio es la naturaleza pecaminosa de los seres humanos. La Biblia realmente expresa que la voluntad de Dios es que su verdadero pueblo sea *un* solo cuerpo. Así que la realidad de la segregación de los cristianos profesantes es otra evidencia del estado corrupto del cristianismo en nuestros días y la gran necesidad de una verdadera reforma.

Nuestro texto es **Isaías 56:3-8**: "3 No dejes hablar al hijo del extranjero que se ha unido al SEÑOR, diciendo: "Jehová me ha separado completamente de su pueblo"; Ni que el eunuco diga: "Aquí estoy, un árbol seco". 4 Porque así dice Jehová: "A los eunucos que guardan mis sábados, y escogen lo que me agrada, y se aferran a mi pacto, 5 También a ellos les daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar y un nombre mejor que el de los hijos e hijas; Les daré un nombre eterno que no será cortado. 6 "También los hijos del extranjero que se unen al SEÑOR, para servirle, y para amar el nombre del SEÑOR, para ser sus siervos - Todo el que guarda profanar el sábado, y se aferra a mi pacto - 7 Incluso a ellos los llevaré a mi santo monte, Y hazlos gozos en Mi casa de oración. Sus holocaustos y sus sacrificios *serán* aceptados en Mi altar; Porque mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones." 8 El Señor Dios, que reúne a los marginados de Israel, dice: "Sin embargo, reuniré para *él* a otros además de los que están reunidos a él". (NKJ)

La Biblia llama a todas las razas y etnias a unificarse como *una* sola iglesia. Los cristianos están unidos por nuestra creencia común en la Biblia y sus enseñanzas y en nuestra creencia común en Jesucristo como su Salvador y Señor. Como cristianos, encontramos nuestra unidad solo en Cristo y solo en Su Palabra, no en distinciones como raza o etnia o incluso preferencias personales, que causan división. Jesucristo es nuestra paz porque nos hace *uno* a pesar de nuestra gran diversidad como seres humanos (cf. Efesios 2:14-18). El libro de Isaías del Antiguo Testamento nos enseña que la Iglesia de Jesucristo es distintivamente "una casa de oración para todas las naciones".

Comencemos considerando el contexto de Isaías 56:3-8. En principio, los extranjeros siempre eran bienvenidos a unirse al pueblo de Dios del antiguo pacto. No existía

ninguna barrera racial para evitar que los no judíos se convirtieran en participantes plenos en las promesas del pacto de Dios. Podríamos recordar los ejemplos de aquellas mujeres de fe del Antiguo Testamento, Rahab, la antigua prostituta, que escondió a los espías que Josué había enviado para espiar a Jericó, y la piadosa Rut, que emigró de la nación gentil de Moab. A pesar de estos ejemplos, pocos gentiles (o no judíos) realmente llegaron a ser incluidos en la comunidad del pacto, la congregación, de Israel.

En contraste, los profetas de las escrituras del antiguo pacto esperaban con ansias un tiempo en el que habría una reunión masiva de gentiles de todo el mundo. En ninguna parte se expone esta enseñanza más magníficamente que en el libro de Isaías. La inclusión de las naciones como receptoras de las bendiciones de la redención y como parte vital de un Israel restaurado aparece como un tema central a lo largo del libro de Isaías.

"El extranjero" y "el eunuco" sin duda pretenden ser representativos de todas las personas que bajo las leyes ceremoniales del antiguo pacto fueron excluidas de los privilegios del pueblo del pacto de Dios. Isaías espera con ansias el día en que tales distinciones serán borradas. Desde que Cristo vino, el reino de Dios incluye a aquellos "de toda tribu y lengua y pueblo y nación" (Apocalipsis 5:9).

En las escrituras del nuevo pacto, el sermón del apóstol Pedro a la casa de Cornelio confirma el cumplimiento de esta profecía: ". . . Dios no es alguien que muestre parcialidad, sino que en toda nación el hombre que le teme y hace lo que es correcto, es bienvenido a Él" (Hechos 10:34-35). Y el apóstol Pablo agrega en Romanos 10:12-13 que "no hay distinción entre judío y griego, porque el mismo Señor sobre todos es rico para todos los que lo invocan. Porque "todo aquel que invoque el nombre del SEÑOR, será salvo".

En Isaías 56:7, el Profeta asegura a sus lectores que el Señor actuará soberanamente para redimir a los gentiles, las naciones extranjeras del mundo. Él los llevará a Su santo monte. Isaías 2:2-3 también enseña: "Acontecerá en los postreros días *que* el monte de la casa de Jehová se establecerá en la cima de los montes, y será exaltado sobre los montes; Y todas las naciones fluirán hacia ella. 3 Muchas personas vendrán y dirán: "Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; Él nos enseñará sus caminos, y andaremos en sus sendas".

La "casa de oración" de Dios es la misma "casa" a la que se hace referencia en el versículo 5. Bajo el antiguo pacto, el templo era la casa de oración de Dios, pero ahora, bajo el nuevo pacto, la Iglesia, la asamblea de creyentes, es el templo y la casa de Dios.

El Señor promete que aceptará las "ofrendas quemadas" y los "sacrificios" que los gentiles ofrecen en Su altar. Por la palabra *sacrificios* quiere decir verdadera adoración. El profeta Isaías habló de acuerdo con el lenguaje habitual de su tiempo cuando la adoración de Dios estaba envuelta en una variedad de ceremonias. Pero

ahora, en lugar de sacrificios de animales y granos, ofrecemos a Dios alabanzas, acciones de gracias, buenas obras y, finalmente, a nosotros mismos. De hecho, el apóstol Pablo nos exhorta a "presentar [nuestros] cuerpos un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es [nuestro] servicio razonable" (Romanos 12:1). Y el apóstol Pedro explica que en la Iglesia del nuevo pacto, todos los creyentes están "siendo edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales a Dios por medio de Jesucristo" (1 Pedro 2:5, 9).

¿Presentarás tu cuerpo a Dios como un sacrificio vivo? ¿Entregarás tu tiempo, tus talentos, tus dones al servicio del Rey Jesús? ¿Buscarás ser santo, así como Dios es santo? ¿Estás dispuesto a morir a ti mismo y vivir para Cristo y su reino?

Jesús les dijo a Sus discípulos: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:33).

Dios dice que Su casa "será llamada casa de oración para todas las naciones" o para todos los "grupos de personas". Juan Calvino comenta:

Antiguamente, el templo fue designado solo para los judíos. . . . Pero ahora la distinción ha sido removida, y todos los hombres, a cualquier nación o lugar al que pertenezcan, son admitidos libremente en el templo, es decir, en la casa de Dios. Este templo ha sido ampliado a tal grado, que se extiende a todas partes del mundo entero; porque todas las naciones han sido llamadas a la adoración de Dios.

En las Escrituras del Nuevo Pacto, las promesas de Isaías 56 encuentran su cumplimiento. En Hechos, capítulo 8, leemos sobre el hombre etíope, que era tanto un eunuco como un extranjero. Y este eunuco estaba leyendo el rollo del profeta Isaías, incluyendo las enseñanzas concernientes a Jesús, el siervo sufriente de Isaías 53. Felipe el evangelista le predicó a Cristo, y, tal vez, también explicó la promesa de Dios a los eunucos y extranjeros dada en nuestro texto, Isaías, capítulo 56.

Leamos Hechos, capítulo 8, comenzando en el versículo 26: "26 Y un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate y ve hacia el sur por el camino que baja de Jerusalén a Gaza". Esto es desierto. 27 Entonces se levantó y se fue. Y he aquí, un hombre de Etiopía, un eunuco de gran autoridad bajo Candace la reina de los etíopes, que tenía a su cargo todo su tesoro, y había venido a Jerusalén para adorar, 28 estaba regresando. Y sentado en su carro, estaba leyendo al profeta Isaías. 29 Entonces el Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y adelanta este carro». 30 Entonces Felipe corrió hacia él, y lo oyó leer al profeta Isaías, y le dijo: "¿Entiendes lo que estás leyendo?" 31 Y él dijo: "¿Cómo puedo yo, a menos que alguien me guíe?" Y le pidió a Felipe que subiera y se sentara con él. 32 El lugar en la Escritura que leyó fue este: "Fue llevado como oveja al matadero; Y como un cordero delante de su esquilador *está* en silencio, así no abrió su boca. 33 En su humillación le fue quitada su justicia, ¿y quién declarará a su generación? Porque su vida es quitada de la tierra". 34 Entonces el eunuco respondió a Felipe y dijo: «Te pregunto, ¿de quién dice esto el profeta, de sí mismo o de algún otro

hombre?» 35 Entonces Felipe abrió la boca, y comenzando en esta Escritura, le predicó a Jesús. 36 Y mientras bajaban por el camino, llegaron a un poco de agua. Y el eunuco dijo: "Mira, *aquí hay* agua. ¿Qué me impide bautizarme?" 37 Entonces Felipe dijo: «Si crees con todo tu corazón, puedes». Y él respondió y dijo: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". 38 Entonces mandó al carro que se detuviera. Y tanto Felipe como el eunuco bajaron al agua, y él lo bautizó. 39 Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, de modo que el eunuco no lo vio más; y siguió su camino regocijándose".

A partir de este día, el Evangelio de Cristo se extendió por todo el vasto continente africano, como continúa haciéndolo hoy. Del mismo modo, la palabra del Señor resonó en la iglesia de Tesalónica, "no sólo en Macedonia y Acaya, sino también en todo lugar" (1 Tesalonicenses 1:8).

Esta es la visión de Dios para nuestra iglesia: ¡ser una casa de oración para *todas las naciones!*

Isaías nos enseña que la casa de Dios es una casa de oración para todas las naciones. Primero, tenga en cuenta que la Iglesia es una casa de oración. Los pastores y ancianos están llamados a dedicarse a la *oración* y al ministerio de la palabra (Hechos 6:4). Dios nos llama a orar sin cesar, en todo momento en el Espíritu. Juan Calvino comenta: "[Nosotros] somos llamados a la Iglesia, para que podamos invocar a Dios. . . . Por lo tanto, en cualquier lugar en el que nos encontremos, no descuidemos este ejercicio de fe; para... este es el sacrificio más alto y excelente que Dios exige... "

¿Eres miembro de la casa de Dios? ¿Estás orando fielmente por el reino de Dios: su crecimiento, su prosperidad, su pureza, su unidad?

Jesús dijo: "La cosecha es verdaderamente abundante, pero los obreros *son* pocos. Por tanto, ruega al Señor de la mies que envíe obreros a su mies" (Mateo 9:37-38). Debemos continuar orando para que el Señor levante más pastores, maestros y misioneros. Debemos continuar orando.

Segundo, note que la Iglesia es una casa de oración para todas las naciones.

La Biblia llama a los cristianos a estar separados, a ser apartados del pecado y apartados como santos para Dios (1 Corintios 5:9-6:11; 2 Corintios 6:14-17). Sin embargo, la Biblia nunca justifica los prejuicios no bíblicos y la segregación. El cristianismo bíblico es ciertamente revolucionario; Tiene el poder de transformar las vidas individuales y transformar las sociedades para mejor. La Biblia enseña que los creyentes judíos y gentiles *son "conciudadanos* de los santos, y son de la casa de Dios" (Efesios 2:19). En Cristo Jesús, "no hay *distinción* entre griego y judío, circuncidados e incircuncisos, bárbaros, escitas, esclavos y hombres libres, sino que Cristo es todo y en todos" (Colosenses 3:11, NAS). Esto significa que la Iglesia de Jesucristo debe estar compuesta por todas las naciones o grupos de personas: negros

y blancos, hispanos y asiáticos, hombres y mujeres, ricos y pobres, jóvenes y viejos, Cristo nos ha reunido a todos para ser *una* iglesia. Sólo hay un Señor y una fe (Efesios 4:5). Por lo tanto, aquellos que buscan establecer una iglesia que es solo para una raza, o una etnia, o un grupo socioeconómico, o un grupo de edad, o un género; aquellos que desean ser parte de una iglesia segregada, todas esas personas están actuando en rebelión contra Dios. No debemos culpar a ningún grupo, porque todos los seres humanos tienen una propensión pecaminosa hacia la segregación; Se sienten más cómodos con aquellos que son como ellos. Por naturaleza, nos enorgullecemos de nosotros mismos y de aquellos que son como nosotros. Si somos honestos, todos debemos admitir que hemos sido culpables de este pecado de una manera u otra. A pesar del estado corrupto de nuestro mundo y de profesar el cristianismo, la Palabra de Dios sigue siendo verdadera. Como declara la Biblia, "sea hallado Dios verdadero, aunque todo hombre sea *hallado* mentiroso" (Romanos 3:4).

Como cristianos no nos jactamos de nosotros mismos; nos gloriamos sólo en Cristo. El apóstol Pablo declaró: "Pero Dios no quiera que yo me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gálatas 6:14). Contrariamente a la opinión popular, es la humildad, no el orgullo, lo que proporciona reconciliación y el fin de los prejuicios. La Biblia enseña que el Cristo resucitado nos ha reunido, en toda nuestra diversidad, nos ha reunido para ser Su iglesia, Su pueblo del pacto, Su novia, Su *único* cuerpo. Él nos ha liberado de la esclavitud del pecado; Él nos ha librado del poder del diablo. Él nos ha unido como Su pueblo. En la Cruz de Jesucristo, nos humillamos ante la presencia de Dios y crucificamos nuestros prejuicios pecaminosos, para que podamos decir honestamente con el apóstol Pablo: "He sido crucificado con Cristo; ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí; *y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí*" (Gálatas 2:20). Dios nos llama a dejar de lado nuestro propio egoísmo y a trabajar para alcanzar y servir a aquellos que son diferentes a nosotros. Estamos llamados a ser agentes de reconciliación, reconciliando al mundo con Dios y entre nosotros a través de Jesucristo, quien es el Príncipe de Paz (2 Corintios 5:17-21; Isaías 9:6).

Así que acerquémonos a Dios "con un corazón sincero en plena seguridad de fe" (Heb. 10:22). A través de Él, "ofrezcamos continuamente un sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de labios que dan gracias a su nombre" (Heb. 13:15). Seamos alegres en Su casa de oración. ¡Porque la casa de Dios es una casa de oración para todas las naciones!